

**Antonio Gallego Morell**  
**Memoria viva en su centenario**  
**(1923-2009)**

Edición al cuidado de  
Miguel Gallego Roca

**Granada**  
**2023**

© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ANTONIO GALLEGO MORELL. MEMORIA VIVA EN SU CENTENARIO

ISBN: 978-84-338-7287-6

Depósito legal: GR./1929-2023

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Telfs.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20 • editorial.ugr.es

Maquetación: TADIGRA, S.L. Granada

Diseño de cubierta: TADIGRA, S.L. Granada

Imprime: Comercial Impresores. Motril. Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

## Índice

<i>Las razones de un recuerdo</i> .....	13
Miguel Gallego Roca	
<i>Antonio Gallego Morell, inmarcesible</i> .....	17
Federico Mayor Zaragoza	
<i>Una amistad silente. In memoriam de mi decano y rector</i> .....	19
Pedro Cerezo Galán	
<i>Una vida y un estilo</i> .....	23
Antonio Sánchez Trigueros	
<i>Granadino y cosmopolita. In memoriam</i> .....	27
Julio Iglesias de Ussel	
<i>Memoria de Antonio Gallego</i> .....	35
Francisco de la Torre	
<i>Una dinastía granadina</i> .....	37
Andrés Ollero Tassara	
<i>Universitario ejemplar</i> .....	41
José María Martín Delgado	
<i>Antonio Gallego Morell y la amistad</i> .....	45
Antonio Campos Muñoz	
<i>La memoria que seremos</i> .....	49
Armando Zuloaga Gómez	
<i>Antonio Gallego Morell</i> .....	51
Jerónimo Páez	
<i>Don Antonio Gallego Morell</i> .....	55
Miguel Ángel del Arco	
<i>Don Antonio en la memoria</i> .....	61
Álvaro Salvador	

<i>Recordando su mundo coral</i> .....	65
Elena García de Paredes	
<i>Un homenaje académico</i> .....	69
Ignacio Henares Cuéllar	
<i>Sobre la vida y las obras de Antonio Gallego Morell</i> .....	73
José Manuel Pita Andrade y Domingo Sánchez-Mesa Martín	
<i>Don Antonio, también epicúreo</i> .....	81
Pablo Amate	
<i>Recuerdo y admiración de un estudiante del 68. Una carta</i> .....	83
Antonio Nadal	
<i>Una gavilla de emotiva añoranza</i> .....	85
José Luis Kastiyo y Maribel Calvín	
<i>La música y musicología universitaria granadinas</i> .....	91
Antonio Martín Moreno	
<i>Dos escenas en la vida de Antonio Gallego Morell</i> .....	107
José Antonio López Nevot	
<i>Un aplauso en la tarde</i> .....	109
Antonio Chicharro Chamorro	
<i>Talante y talento</i> .....	115
Concepción Argente del Castillo	
<i>Don Antonio Gallego Morell</i> .....	121
Miguel Ángel García	
<i>¡Hagan fichas!</i> .....	125
María José Montes	
<i>Antonio Gallego Morell en mi recuerdo</i> .....	129
José Luis Martínez-Dueñas	
<i>Recuerdos de una tesis doctoral</i> .....	133
Ángel Esteban	
<i>Los cipreses de Antonio Gallego Morell</i> .....	137
Francisco Javier Díez de Revenga	
<i>Frente y junto a Ángel Ganivet. Recuerdo ganivetiano</i> .....	141
José Antonio González Alcantud	
<i>Presentación del libro De aquellos fuegos sagrados por Antonio Gallego Morell</i>	145
Rosaura Álvarez	

<i>Impulsor de la creación del INEF de Granada</i> .....	151
Miguel A. Delgado Noguera	
<i>Una vida plena</i> .....	153
Fernando de Villena	
<i>Garcilaso en la obra de Antonio Gallego Morell</i> .....	157
José Ignacio Fernández Dougnac	
<i>Desde la ladera andaluza: Garcilaso de la Vega y sus comentaristas</i> .....	165
Juan Varo Zafra	
<i>Antonio y Antonio. Vidas paralelas, pero con cruces</i> .....	171
Antonio Jiménez-Blanco Carrillo de Albornoz	
<i>Un recuerdo desde la montaña</i> .....	177
Manuel Titos Martínez	
<i>Adiós a Antonio Gallego Morell. Carta de un amigo</i> .....	183
Miguel Rodríguez-Acosta Carlström	
<i>Tomarse el interés</i> .....	189
Andrés Soria Olmedo	
<i>Charlas con Antonio Gallego</i> .....	191
Cristina Viñes Millet	
Agradecimientos .....	193

Alargo y suelto a su placer la rienda,  
mucho más que al caballo, al pensamiento,  
y llévame a las veces por camino  
tan dulce y agradable que me hace  
olvidar el trabajo del pasado;  
otras me lleva por tan duros pasos  
que con la fuerza del afán presente  
también de los pasados se me olvida;  
a veces sigo un agradable medio  
honesto y reposado, en que'l discurso  
del gusto y del ingenio se ejercita.

Fragmento de la *Epístola a Boscán*,  
Garcilaso de la Vega

## Las razones de un recuerdo

Miguel Gallego Roca

Hay una foto de mi padre en la que aparece en el andén de una estación de Berlín occidental. La mano derecha en el bolsillo, en el brazo izquierdo una gabardina oscura. Está a punto de subirse a un tren con destino París. En el andén aparecen algunos figurantes: hombres y mujeres que parecen sacados de una película de espías durante la guerra fría. La mirada de mi padre es profunda, el gesto serio. La camisa blanca sin corbata lo convierte en un hombre de su tiempo y del sur, en contraste con los figurantes centroeuropeos. El lenguaje de la fotografía siempre es inquietante, siempre, desde aquella primera que tomó Niépce en 1826: el tejado que se veía desde la ventana de su casa. La fotografía, como ya demostró Barthes en su célebre último escrito, y vuelve a demostrar hoy Miguel Ángel Hernández en su excelente novela *Anoxia*, es una técnica que tiene que ver con el paso del tiempo y con la muerte, una especie de síndrome de Dorian Grey. Mi padre estuvo ahí mientras yo empezaba a dar mis primeros pasos. Un día, muchos años después, me contará que cuando viajó por primera vez a la RFA estuvo tentado de gestionar una visita al Berlín oriental. Pasar al otro lado del telón de acero con algún pretexto cultural gestionado por las autoridades diplomáticas españolas en el Berlín Occidental. Al final parece que las gestiones no tuvieron éxito y se montó en ese tren hacia París. Imagino una vida en que mi padre hubiera desaparecido después de esa foto, perdido en alguna escaramuza de la guerra fría. Que fuera esa foto en un andén de Berlín occidental la última foto y que mi vida empezara desde el punto cero de la orfandad paterna. Estoy seguro de que, a pesar de convertirlo en algo misterioso, el misterio me hubiera ofrecido la posibilidad de comprenderlo mejor. Haberlo tratado hasta sus últimos días, haberlo visto conmigo desde la infancia hasta mis años de madurez —si es que alguna vez he llegado a tal cosa— y sus postrimerías nos permitió conocernos en nuestras debilidades y contradicciones, en nuestros acuerdos y desacuerdos, en sus generosidades y mis miserias, en sus certezas y mis dudas. Sin la rotundidad del misterio.

En el final de una novela, o crónica, que ha sido lectura obligada para mi generación, *Anatomía de un instante* de Javier Cercas, el narrador se da cuenta de que comprender la figura de Adolfo Suárez — «un colaboracionista del franquismo, un chisgarabís ignorante y superficial que a base de suerte y de mangoneos había

conseguido prosperar en democracia»— le ayudó a empatizar con las circunstancias históricas de su padre, fiel votante de Suárez. Incluso llega el narrador a descubrir los beneficios de la discrepancia: «aunque no dejamos de discrepar para entonces ya habíamos descubierto que era mejor discrepar que estar de acuerdo, porque la conversación duraba más». Mi padre también estuvo en los círculos políticos de la coalición centrista, incluso estuvo a punto de ser candidato de UCD a la presidencia de la Junta de Andalucía, cosa que al final, seguramente, para bien, dejó pasar. Es cierto que mi padre compartía algunas circunstancias con Suárez, pero no la de chisgarabís, ni la de ignorante, ni la de mangonear para prosperar. Creo, que, al contrario, dejó pasar oportunidades, se la jugaron en diversas ocasiones, confió demasiado en quien no tenía por qué confiar y, aun así, no alimentó rencores ni promovió venganzas. Soy testigo de que jugaba limpio y sin faroles. Es cierto que algunos pudieron pensar que era un metomentodo, sobre todo en lo que tenía que ver con su ciudad, con Granada. Pero qué le vamos a hacer si tenía ideas, iniciativa, conocía la ciudad y sabía elegir a sus colaboradores.

Cuando me di cuenta que en 2023 hubiera cumplido cien años creí que mi deber era promover algún tipo de recuerdo a su persona y a su personaje. A él le encantaban los centenarios, las conmemoraciones, los recuerdos, las muestras civiles de la memoria. Creo que no nos hubiera perdonado que dejáramos pasar la ocasión de recordarlo en sus cien años. Para eso pedí que algunos de sus amigos, colaboradores, personas que habían tenido algún tipo de trato personal o profesional o conocedores de su obra, evocaran su figura. La intención ha sido construir una evocación coral de alguien que estuvo en el centro de la vida cultural y social de la Granada de la segunda mitad del siglo XX. Entre los textos que aquí se reúnen hay evocaciones muy personales, anécdotas que ilustran toda una época, acercamientos a alguna de sus obras críticas, panoramas de la vida cultural y universitaria de la Granada de la Transición. De todos esos testimonios el resultado es el retrato robot de un hombre afable, inquieto, apasionado y prudente. Preocupado por su ciudad y de talante liberal. Hijo de su tiempo e hijo de su padre. En absoluto malicioso o interesado, en todo caso con la dosis necesaria de ingenuidad para ser un buen hombre y disfrutar de las cosas buenas que la vida nos ofrece. El orden de las intervenciones en este libro está dictado por el *tempo* y el contenido de las mismas. He querido construir, en la medida de lo posible, un relato coral ilustrado, cuando ha sido posible, con algunas imágenes que amplían o desarrollan situaciones que se tratan en los textos. Agradezco con todo mi corazón la respuesta que he encontrado en todos los que han sido invitados a participar en este libro. Podría haber añadido un apéndice con los correos en los que todos me han hablado con cariño, admiración y respeto de la figura de mi señor padre.

Gallego Morell, durante toda su vida, fue leal a la memoria de su padre, hasta tal punto que uno de los libros más bonitos que escribió fue la biografía de Antonio Gallego Burín, que en el fondo es una autobiografía de su formación, una especie de *Bildungsroman* del propio Antonio Gallego Morell. En muchas ocasiones me

interés por la solidez de su lealtad filial, de hecho, ese fue uno de los *leitmotivs* de mi adolescencia: cómo alguien tan dialogante y liberal como mi padre podía proceder del *establishment* cultural del franquismo. Creo que nunca tendré una respuesta particular para eso, sencillamente porque hay una sola respuesta: la historia de «este país». Ahí está, la podemos comprender o cancelar. Tampoco nunca llegué a entender su indestructible apego a Granada, una ciudad que desde la derecha y la izquierda lo respetaba, pero lo trataba con recelo. Una ciudad a la que amaba profunda y desinteresadamente —muchos quisieron ver en eso un afán de posesión, pero poseer, lo que es poseer, mi padre no poseyó casi nada, «me encontraréis a bordo ligero de equipaje», a pesar de lo que muchos puedan pensar y de hecho pensaron—, una ciudad que se benefició de no pocas iniciativas suyas tanto por su hacer, como por su *laissez faire*. Está claro que nunca un hijo comprenderá del todo a un padre, tampoco lo contrario. Pero no se trata de entender, se trata de dialogar, de acompañarse, de no ser islas en el mar de la vida. Se trata de amar cuando el amor es posible y traspasa la frontera del último viaje.

Si algo echo de menos de él son sus conversaciones y su humildad intelectual. También la capacidad de ver con lucidez los pros y los contras de cualquier situación, algo que cualquier hijo agradece en todo momento, incluso desde la ausencia. Él, con quien tantas cosas aprendí.

